

P.—Ni ganas. El juicio no se ha hecho para nosotros; y si no, mírate en el espejo, si le encuentras: desde que eres mujer de tu casa estás triste. Antes, cuando ni tú ni yo teníamos eso que llamas juicio, esto parecía una jaula de besos. Si las paredes tuviesen eco y hablasen, esto hubiera parecido un árbol donde están jugando los pájaros. Ahora, con la racha de sentido común que te ha entrado, hace un frío de honestidad aquí dentro que, en vez de un nido de pierrots, parece una oficina laica.

C.—Hay que pensar en el mañana, Pierrot.

P.—¡El mañana! ¿Aun no hay bastantes que piensen en eso que llamas mañana, que hasta hemos de pensar nosotros? ¡Dichoso mañana! Miremos el pasado mañana; al menos miraremos más lejos.

C.—Tenemos que ser prudentes, Pierrot.

¡La prudencia! ¿Sabes lo que es la prudencia? Es la disculpa de los cobardes. Esta epidemia de cuentas nos matará; lo único que nos quedaba a los que nadamos sin sentido por sobre este valle de lágrimas: nos matará la esperanza. ¿Quién nos había de decir que hasta tú, tú, Colombina, habías de enfangarte en este charco del orden?

C.—Calla.

P.—¿Es que no lo ves? Acurrucada delante de esta máquina, has perdido la risa, perderás el cantar, te marchitarás, como las hojas, y esos ojos que tienes como dos moras, que riman como una canción, se te irán aclarando de tanto mirar ropa blanca.

C.—Somos pobres.

P.—Tú ya lo eres; pero yo aun no. Mientras no me dé miedo la miseria, no lo seré.

C.—¿Y de qué vivirás?

P.—De las migas de pan que caigan, de la fruta que sacudan los árboles, de la claridad del crepúsculo, de la libertad, del rumor del bosque, del hambre, de lo que sea. De todo menos de tener orden.

C.—¿Sabes lo que dices?

P.—Y lo que hago. No quiero de-

gradar el oficio, el don de inspiración sagrada.

C.—¡Ay, pobre Pierrot!

P.—Me queda un recurso antes de rebajarme al orden.

C.—¿Qué recurso?

P.—Morirme.

C.—¿Por qué dices eso?

P.—Porque Pierrot tiene su destino; cantar canciones para los demás o morir alegremente.

C.—Pues yo quiero vivir y no alegremente. Pierrot, quiero vivir con juicio.

P.—¡Ay, pobre Colombina mía!

C. La Colombina de otros tiempos, alegre y loca, ha cambiado. En vez de aprender a ponerse una flor, ha aprendido la cartilla: en vez de bailar, ha aprendido cuentas; en lugar de tener la cabeza a pájaros, la tiene a números.

P.—¡Infeliz!

C.—¿Sabes lo que ambiciono? Un piso con cortinillas blancas, butacas con fundas, retratos de familia en las paredes...

P.—Y flores de talco.

C.—Y floreros y todo. Como lo oyes. Aspiro a ser hacendosa, económica, a hacer media...

P.—A poner dinero en la caja de ahorros...

C.—Al seis por ciento.

P.—A tener torre y todo.

C.—Torre y todo; con peces de colores, estanque, bomba...

P.—De todo menos flores. ¿No es eso?

C.—Las flores para los días de fiesta.

P.—Calla, calla, que iba a llamarte lo que no quiero.

C.—Habla. ¿Qué me quieres llamar?

P.—¡Burguesa!

*(Pierrot se aleja y apoya los codos sobre la mesa. Colombina deja de trabajar y se acerca a él).*

C.—¿Te has enfadado? ¿No ves que lo he dicho para hacerte rabiar? ¿No me quieres, Pierrot?

P.—Sí.

C.—¿Qué haces?

P.—Lo de siempre: sueño.

C.—¿Sueñas despierto?